

1300 mujeres que se le atribuían en el aria de Leporello, no siempre fue fecundo; pero en los casos en que preñó a su pareja jamás tuvo hijos varones, sino siempre niñas, cosa que lo agraviaba mucho y hacía reír a sus enemigos. Además, esta circunstancia determinó que, pasados los años y convertidas esas niñas en mujeres, sus madres pensaron que dada la estrepitosa fama de Don Juan éste debía poseer un capital enorme, y decidieron que era hora de exigirle que lo compartiera con sus muchas familias. Así llegó el momento en que todas esas mujeres dijeron a sus hijas: «Vamos en busca de tu padre para exigirle lo que nos corresponde».

En pocos días, por los caminos de Europa se veían teorías interminables de mujeres maduras arrastrando a jovencitas que lloraban por la fatiga.

Mi compañero y yo, a lomos de nuestros caballos, alcanzamos y dejamos atrás tantas columnas de mujeres que perdimos la cuenta.

Así, atravesamos la árida Castilla donde nuestras cabalgaduras hundían hasta los corvejones las patas en un polvo que parecía talco, y en cada pueblo una banda de pilluelos nos despedía a pedradas. Atravesamos el desfiladero de Despeñaperros y nos empezamos a internar en Andalucía por caminos estrechos y peligrosos. A cinco leguas encontramos el cortijo de los De Mañara, la pretenciosa familia de Don Juan: no era gran cosa a pesar del pomposo título de «Olivares de Plata». Serían cuanto mucho unas veinte mil varas cuadradas de terreno pedregoso cubierto, eso sí, de añosos olivos. En el centro había un pozo alrededor del cual daba vueltas con paso cansino un asno que movía una bomba que extraía agua. Esa agua caía en una red de arcaduces que la llevaba a todos los puntos del huerto, porque eso era: un huerto de hortalizas. Del otro lado del pozo vimos una casa, una arquería de paredes blancas y tejados de dos aguas. Cuando nos aproximamos a la arquería nos vino al encuentro un ejército de brujas (o al menos así parecían), o sea de mujeres muy viejas y arrugadas. Cada una iba armada de un garrote que blandía amenazadoramente contra nosotros, de tal manera que hubimos de detenernos y someternos a un implacable interrogatorio: ¿Quiénes éramos y qué buscábamos ahí? Yo expliqué lo mejor que pude quiénes éramos y el propósito de nuestro viaje. Y debo haberlo hecho bien, porque las brujas bajaron los garrotes y nos hicieron señas de que desmontáramos y las siguiéramos a la casa. Llegados a ésta, entramos en un gran salón con pilastras de ladrillo y piso de madera. En el centro del salón una mesa para comer. Ahí comimos sopa de lentejas, arroz con habas, ensalada de lechuga y costillas de cordero lechal, todo eso con un excelente vino tinto y un pan casero la verdad muy bueno. Luego, los vejestorios nos pidieron que nos sentáramos en unas bancas colocadas a un lado y desaparecieron por otra puerta.

Al rato volvieron llevando casi en vilo a un decrepito personaje que nos presentaron solemnemente como Don Juan, al que sentaron en un taburete. Luego, acompañándose a sí mismas con palmadas y un ritmo de castañuelas y panderos, cantaron una especie de elogio de Don Juan. Don Juan se levantó y trató, patéticamente, de bailar siguiendo aquel ritmo, pero tenía el pie derecho enfermo de gota y tan cubierto de vendas que parecía del doble de su tamaño. El viejo canoso y desdentado trataba patéticamente de marcar el ritmo con el pie gotoso, pero naturalmente no podía. Después las viejas nos distribuyeron a todos queso y turrón y empezaron a hablar de sí mismas. Así, nos informaron que habían constituido una comunidad que explotaba aquellas tierras cuyos productos comían y vendían en el mercado. También nos dijeron con mucho guiñar de ojos y ademanes salaces que Don Juan, decrepito como estaba, aún tenía dos o tres erecciones por año y que existían en los alrededores mujeres ricas que querían pasar a la historia y contar a sus descendientes que habían sido penetradas por Don Juan: compraban aquellas erecciones para acostarse con el viejo pagando por el favor muy buenos dineros en plata de las Indias. De todo eso vivían las viejas, que festejaban su relato y sus gracejadas con risas de brujas, que lo eran.

Muchas de ellas, si no todas, nos dijeron que eran hijas de Don Juan y herederas de su patrimonio y de su imagen, de manera que si queríamos publicar nuestro libro tendríamos que pagarles derechos o, por lo menos, un porcentaje de las utilidades. Habiendo terminado aquel penoso almuerzo nos levantamos, hicimos una reverencia y nos retiramos paso a paso con las brujas empujándonos con la extremidad de sus garrotes. Así, volvimos a montar en nuestros caballos y nos alejamos a galope tendido seguidos por una lluvia de piedras que las viejas no dejaron de lanzarnos.

Cuando describí todos estos hechos a Nataniel, primero se deprimió, pues juzgó que tal imagen de Don Juan no sería rentable, pero luego, apreció el valor cómico y picaresco del escenario, se empezó a frotar las manos y nos pidió que escribiéramos todo minuciosamente, cosa que hicimos aun resistiéndonos a creer lo que habíamos presenciado. Mi compañero, que además de ser discípulo de Rembrandt lo había sido de un pintor de corte llamado Francisco de Goya y Lucientes, produjo una serie de dibujos estremecedores de la horda de brujas y del pobre Don Juan tratando de bailar con su pie vendado, que resultaron pequeñas obras maestras de caricatura y, como quiera que fuese, testimonio de un hecho importante sobre el final de un personaje histórico y hoy casi legendario.